

¿A dónde va la economía de Estados Unidos?

Sebastián Mantilla, S. J.

Doctor en Ciencias Económicas.

Lo mejor es enemigo de lo bueno y la actividad económica norteamericana, que había llevado al país a un elevado grado de prosperidad, ha ido adquiriendo una velocidad tan grande que ha llegado a asustar a los consultores técnicos de Eisenhower. La gente gastaba no solo cuanto tenía, si no también (alentada en esto por una propaganda bien organizada) lo que no tenía, haciendo adquisiciones a plazo y entrampándose cada vez más. La deuda de los particulares en los diez primeros años de la postguerra pasó de 23.400 millones de dólares a la cifra realmente astronómica de 136.000 millones de dólares. La deuda privada pasó en el mismo tiempo de 140.000 millones de dólares a más de 450.000 millones, lo cual supone un aumento de 285.000 millones más que la misma deuda pública, contraída por el Gobierno Federal. La relación entre deuda e ingresos por individuo resultaba más desfavorable que en ninguna otra época, con el consiguiente peligro de una catástrofe si llegaban a reducirse estos ingresos, fuera por la causa que fuera.

Era peligroso permitir que este estado de cosas continuara indefinidamente, pues nadie pensaba sino en continuar desarrollando cada vez más actividad económica ampliando la capacidad de producción, lanzando cada vez mayor volumen de artículos al mercado y dejarse arrastrar cada vez mas aprisa por ese torbellino vertiginoso de una competencia desenfrenada.

Y aunque es cierto que el actual Gobierno no siempre ha seguido en la práctica las normas que ahora defiende, ya que durante el período 1953-1954 prefirió provocar una recuperación económica a costa del desequilibrio presupuestario, se resolvió finalmente hace año y medio a frenar esta impenitente carrera hacia la inflación.

* * *

¿Qué procedimiento ha seguido para ello? El que estaba más en su mano y que era más sencillo de aplicar; subir el precio de la moneda. Porque la moneda, aunque parezca paradójico, tiene también su precio como cualquier otra mercancía; y tiene sus "tiendas" donde se compra y

se vende que no son otras que los bancos. Y estas manipulaciones de la moneda son más fáciles para el Gobierno que otras cualesquiera, por la razón de tener casi el monopolio de estas tiendas, al estar controlando todos los bancos del territorio de la Unión por el famoso sistema llamado de la "Reserva Federal".

Todos los bancos y todo el público depende de este Sistema para las enormes sumas de dinero que constantemente están pidiendo a préstamo. Y basta que el Gobierno suba su precio, ordenando una subida del interés, para que (como sucede siempre que un artículo cualquiera sube de precio) haya muchos que desistan de pedir moneda en préstamo y otros que reduzcan mucho las cifras de lo que pensaban haber pedido prestado de no haberse ordenado dicha subida. Sin abundancia de dinero, ni los particulares puede comerse hoy el fruto de sus sudores de mañana (que a eso se reduce el mecanismo de las compras a plazo) ni los empresarios pueden fácilmente ampliar el volumen de sus negocios. Entonces la demanda se reduce y los precios dejan esa ascensión vertiginosa que antes llevaban.

Durante todo el pasado año de 1956 los Gobernadores del Board de la Reserva Federal han ido decidiendo nuevos aumentos en el tipo del redescuento, en vista de que los anteriores no producían todo el efecto que ellos deseaban, pasándolo finalmente en Agosto de 2,75 en que entonces se hallaba al 3%. Esto hizo que los préstamos comerciales a corto plazo subieran su interés a 4,14% en Septiembre pasado.

* * *

¿Ha alcanzado el Gobierno los objetivos que pretendía? No lo creen así los hombres públicos en sus declaraciones. Pero es indudable que mucho se ha conseguido.

En primer lugar, ellos mismos reconocen que en el pasado año de 1956 ha habido un ahorro mucho mayor que en ningún año durante la segunda Guerra Mundial, en la que (como sabemos) apenas era posible comprar nada y por tanto no tenían mérito los que entonces ahorraban a la fuerza. Se calcula que el público añadió durante 1956 unos 14.500 millones de dólares a las sumas que durante 1955 había mantenido en dinero líquido en caja, cuentas corrientes, cajas de ahorro, valores, seguros y pensiones. Admiten además que no solo se está ahorrando más dinero en cuanto a la cantidad total, sino que hay también mayor número de personas que ahorran, lo cual no deja de ser alentador por el cambio de mentalidad que manifiesta esta conducta.

Lo malo es que la demanda de dinero ha aumentado más aún que los ahorros y por tanto la economía estadounidense se halla muy lejos de poder realizar su sueño dorado de llegar a financiar totalmente su expansión económica exclusivamente con los fondos ahorrados. Es más: temen que de un momento a otro pueda derrumbarse totalmente esta esperanza, si se produce en el gran público otro nuevo brote del deseo de consumir tal y como ocurrió en el año 1955, pues este espíritu tan elevado de ahorro de que viene dando muestras, no se puede considerar sea en él virtud sólida, sino ensayo tierno y débil de principiante, que no tiene más de doce meses de duración, y que no se sabe por cuanto tiempo pueda continuar aún.

Es curioso observar que no se ha notado mucha mejora en el ahorro invertido en fondos públicos, pues aunque hubo grandes inversiones en

"Saving Bonds", fueron mayores las ventas. Este fenómeno preocupa al Gobierno hasta el punto de haber decidido ultimamente el subir el interés de estos bonos a 3¼% si se conservan hasta su vencimiento. Con ello se corregiría este hecho sintomático.

Esta reacción ha afectado más gravemente a aquellas actividades que recurren más al crédito, como es natural. Tales son las empresas de construcción, las cuales se vienen quejando de la falta de facilidades de crédito a las que atribuyen el estancamiento de su actividad, pues de ordinario toda construcción se hace a base de hipotecas. Así en Diciembre pasado se contaba solo un millón de nuevas edificaciones en perspectiva y los constructores creen que en 1957 no llegarán a 900.000.

Otra de las actividades más afectadas es el negocio de automóviles, que se venden a plazos, lo mismo que las neveras, aparatos de televisión y productos semejantes. Del mismo modo se ha reducido mucho la instalación de nueva maquinaria o apertura de nuevos talleres, cosas imposibles de llevar a cabo de ordinario sin la ayuda del crédito. Así la General Electric parece ha pospuesto la realización de cuatro proyectos de ampliación de sus instalaciones, la General Motors que es la empresa productora de automóviles mas fuerte de EE. UU., ha aplazado también la construcción de dos nuevas fábricas de ensamblaje. Esto ha repercutido en las metalúrgicas productoras de acero que reciben menos pedidos de los que ciándose aumentos de jornal en varias ramas de la producción.

El costo de la vida sigue subiendo, aunque no al ritmo acelerado de otras naciones. Algunos salarios bajaron en Enero de 1957 con respecto a Diciembre 1956, pero para no interpretar mal esta variación debe tenerse en cuenta que en Enero se redujo la semana de trabajo de los obreros industriales y con ello recibieron \$ 1.50 menos semanal. Pero la tónica general es también al alza, habiendo subido un poco el índice general y anunciándose aumentos de jornal en varias ramas de la producción.

La consecuencia de todo lo que antecede es el nerviosismo que reflejan las cotizaciones de bolsa, que son también un buen barómetro en estas ocasiones, y que alcanzaron su punto álgido el 11 de Febrero. En efecto: muy altas a fines del año último, iniciaron desde principios de Enero un brusco descenso, del que aún no se han recuperado y que perforó en dicho día en su caída el famoso muro de contención que se había considerado invulnerable en los peores momentos de los pasados dieciocho meses. El conocido índice de valores industriales "Dow-Jones" que había subido a más de 500 el 4 de Enero, se encontraba tan solo a 476 el 18 y descendía a 455 el día 11 de Febrero, perdiendo 45 puntos en poco más de un mes. Proporcionalmente, el grupo de los ferrocarriles experimentó pérdidas análogas, manteniéndose e incluso mejorando el de gas y electricidad (Utilities).

La débil reacción posterior mantiene al índice de valores industriales (el más representativo) por la cota 468, todavía a 38 puntos por bajo del climax de fin de año. Su cifra para Febrero ha sido la más baja que registra desde de Noviembre de 1955 (448,9).

Finalmente, las quiebras han aumentado en 1956 con respecto a 1955 y 1954; los beneficios fueron disminuyendo durante casi todo el año 1956, y aunque subieron al final de este año, no llegaron a la cifra de 1955. Con

todos estos síntomas a la vista ha habido quien alarmado ha empezado a pensar en el terrible pánico de 1929 y a hacer profecías agoreras sobre el porvenir.

Pero las circunstancias son tan diversas que no hay motivo para dar fundamento a tales temores, como veremos más adelante.

¿Cómo es posible entonces, explicar estos síntomas, y en especial este nerviosismo bursátil, cuando se va vigorizando una sana reacción del ambiente ante las medidas deflacionarias puestas en práctica con admirable constancia por parte de las autoridades económicas de la nación?

La respuesta parece que hay que buscarla más bien en el terreno de la política que en el de la economía. La intervención bien intencionada de algunos elementos del Gobierno, acentuando en sus declaraciones acaso un poco más de lo conveniente la dosis del alarmismo que deseaban propinar al cuerpo económico, convaleciente aún de la inflación inicial, le han asustado más de lo que ellos mismos deseaban.

En el informe económico al Congreso, presentado por el Presidente Eisenhower el 10 de Enero pasado, se hablaba, en tonos moderadamente optimistas, del vasto poder de la economía norteamericana.

Pero no se ocultaban en cuanto al futuro algunos puntos menos brillantes. Así creía el Presidente que aumentarían pero “moderadamente” las nuevas inversiones en los negocios. Opinaba que el estrecho margen existente entre precios y costos, que en ocasiones puede llevar a nuevas inversiones en maquinaria con objeto de establecer procesos productivos de mayor rendimiento, podría en otras impedir que se verificaran estas inversiones, al no hallar los capitales incentivo suficiente al sacrificio de su liquidez. Que los gastos del Gobierno Federal y de los Estados y Municipios, que pueden suplir la menor demanda privada, serían también de hecho competidores de la industria en el drenaje de capitales ahorrados.

Sobre todo acentuaba el Presidente la necesidad de fijarse en “las incertidumbres y problemas existentes en la presente situación económica y que requieren atención cuidadosa. Estos incluyen la presente situación internacional, la presión alcista de costos y precios que son factores que afectan a las nuevas inversiones y la provisión de una corriente adecuada de mayor ahorro para proveer las nuevas demandas de fondos”.

Incluso llegó el Presidente a permitirse “amonestar”, aunque paternalmente, a sus hombres de empresa: “El interés nacional debe estar sobre toda ventaja temporal que pueda obtener algún grupo a expensas del pueblo”.

“En este sentido —continuaba el Presidente— urge que los directores del mundo de los negocios y del trabajo piensen en su responsabilidad con respecto a todo el pueblo americano. Deben a la nación una guardia vigilante contra las tendencias inflacionistas que están siempre acechando en una economía que opera a los altos niveles de hoy. Ellos pueden hacer mucho para contrarrestar o acentuar estas tendencias con sus políticas de precios y salarios”.

El Presidente se acuerda de los rentistas, sacrificados siempre en épocas de inflación y añade: “Estos aumentos conducen a mayores precios para el

público en general, pero sobre todo suponen un sacrificio mayor, imponen una mayor fuerza, no solo sobre el obrero activo, sin en especial acerca de aquellas personas cuyo bienestar depende de una renta de retiro o unos ahorros invariables, cuyo poder de compra se ve reducido por estos aumentos de precios”.

“Los negociadores de subidas de salarios no deben olvidar tampoco que el mismo público en general tiene también derecho a beneficiarse de las ventajas que producen las mejoras técnicas”, refiriéndose, evidentemente, a los que reclaman para el trabajo todas las ventajas de un aumento en los precios o un aumento en la producción.

Señal clara de su preocupación por el futuro económico de EE. UU. es la decidida franqueza con que les amonesta a proceder con elevación de miras, si se ha de conservar el grado de prosperidad alcanzado actualmente por su nación:

“La libertad se ha definido —ha dicho en su mensaje— como la oportunidad para auto-disciplinarse. Esta definición tiene una aplicación especial a las áreas de precios y salarios en una economía libre. Si no conseguimos disciplinarnos —añadió gravemente el Presidente— podría haber una mayor presión por parte del Gobierno para arreglar este fallo. Por este proceso acabará por desaparecer paso a paso la libertad. No hay otro problema entre nosotros que debiera preocupar más a los amigos de los obreros y a los mismos obreros de EE. UU. que éste de descubrir las fuerzas ocultas y activas que amenazan producir una persistente depreciación del valor de nuestra monedá...”⁽¹⁾

“Cualquier programa que ponga en peligro nuestra economía podría sernos fatal”.

No puede desconocerse la gravedad y energía de las aseveraciones de Eisenhower en relación con el problema económico.

Por otra parte, tampoco el Presupuesto ha salido a su gusto. Está muy recargado y no hay modo de reducir la presión tributaria si se ha de llevar a cabo. Este problema del Presupuesto ha sido otro de los que han contribuido incidentalmente a aumentar la tirantez económica. Al comienzo del año el Ministro de Hacienda, Jorge M. Humphrey, hizo unas declaraciones criticando la política presupuestaria seguida por su propio Gobierno y asegurando que de no corregirla a tiempo, habría una depresión “que haría época”.

Según él, el Gobierno gasta demasiado y con ello fomenta la vida fácil y la inflación. Cuando lo que tenía que hacer es limitarse a “hacer aquello que el pueblo no puede hacer”, cada día que pasa extiende su actividad a nuevos sectores, como si su cometido fuera el ofrecer servicios al pueblo. Más bien se debería pensar en reducir los impuestos y en pagar las deudas, al menos en parte. En todo caso, se debería gastar con más sobriedad y equilibrar el Presupuesto sacando con los impuestos más de lo que se paga.

Además, si despide una parte de sus empleados administrativos que se emplean en actividades improductivas (según él), no solo gastará menos y

(1) Según un reciente estudio de F. Pick en su libro “Black Market Yearbook” New York 1956, el dólar ha ido perdiendo poder adquisitivo a razón de un 3% anual desde 1940. El poder de compra en 1955 es escasamente la mitad del que tenía en 1940.

en consecuencia podrá reducir sus impuestos, sino que además podrá emplear toda esa fuerza de trabajo en ocupaciones útiles, habrá más inversiones y sus súbditos tendrán más dinero para gastarlo en bienes de consumo y otros empleos beneficiosos para la comunidad.

Los gastos militares son también para él un mal, un mal necesario si se quiere, pero un mal. Y esto por dos motivos fundamentales: el primero porque se reduce con la producción para la guerra el número de hombres que trabajan en una producción realmente "útil". "Gastamos para nuestra seguridad —dice— 50.000 millones de dólares. Como tenemos una producción bruta de \$ 400.000 millones, una octava parte de cuanto producimos son elementos para la defensa (tanques, cañones, etc) que son improductivos. De aquí que de cada ocho personas puestas a trabajar, solo siete producen verdaderamente; y con todo, son ocho las que han de participar en los frutos de esa producción. Este haber ocho compradores para bienes que son suficientes solo para siete produce una inevitable presión sobre los precios". El segundo motivo está en la necesidad de hacer inversiones útiles de capital en cantidad suficiente para que hallen trabajo el millón y medio de jóvenes que anualmente se incorpora a la actividad productiva en EE. UU.

Estas declaraciones de su Ministro de Hacienda parece no agradaron al Presidente, el cual quiso quitarles importancia diciendo que Humphrey no hablaba de nada inmediato. Pero no habían pasado dos meses de este hecho cuando ordenaba una revisión del mismo, declarando que podría hacerse necesario proceder con más lentitud en algunos gastos federales en obras proyectadas, a fin de aliviar las presiones inflacionistas.

Más recientemente aún, en un discurso leído el 12 de Marzo ante los miembros del Club de Economía de Detroit, el Dr. Gabriel Hauge, principal asesor del Presidente en materia económica, se quejaba de que el llamamiento presidencial para evitar los aumentos de precios y salarios "no había encontrado una acogida entusiasta".

Estas afirmaciones resuenan como un eco de las declaraciones hechas en otra ocasión anterior por Eisenhower ante los periodistas, asegurando que, si no había enmienda, se llegaría al control de precios y salarios para evitar la inflación que amenazaba, aunque —añadió en aquella ocasión— esto haría de América y de su economía algo muy distinto a lo que estamos acostumbrados a ver. Los oídos del hombre de empresa estadounidense están tan poco acostumbrados a ese lenguaje y fué tan fuerte la impresión recibida que poco después tuvo que reunir el Ministro de Comercio Sinclair Weeks otra conferencia de prensa para suavizar estos efectos y asegurar a los hombres de negocios que no era propósito del Gobierno llevar a la práctica semejantes ideas expresadas por el Presidente. No olvidemos que el mensaje del Presidente al Congreso, en el que insiste en sus puntos de vista, es posterior a esta conferencia de prensa de Sinclair Weeks, y que produjo nueva y mayor confusión y desasosiego.

Todo ello deja una cosa en claro y es que el Gobierno está dispuesto a acabar con la inflación pase lo que pase y con estos clarinazos que lanza a los aires de tiempo, en tiempo, da a entender que no tiene inconveniente en llevar a efecto sus amenazas si es preciso y para que el susto sea menor quiere ir acostumbrando poco a poco las mentes tan "liberales" de sus leales súbditos.

Pero con todo ello, ¿se puede calificar con exactitud la presente situación económica de esta nación como de verdadera y abierta inflación? ¿Tiene razón el Ministro de Hacienda Jorge M. Humphrey al temer para su pueblo una depresión "que hará época"? ¿Es de atender la opinión del expresidente Hoover al asegurar que él ya había pasado por una crisis, la de 1929, que "había hecho época" y que "ahora la situación se presenta con caracteres muy semejantes a los de aquella"?

No lo creemos así. Las señales estudiadas no pueden considerarse como precursoras de una regresión en el volumen de negocios, ni en la actividad económica general, ni siquiera una deflación. Más bien puede hablarse de una contención del "boom" que se iba haciendo peligroso, y, como los Consejeros Económicos del Presidente dicen, la situación de la economía americana camina más bien por una meseta, sin esperarse un gran aumento, pero tampoco un descenso inmediato. Para ser exactos diremos que esta opinión no es de todos. Hay quien cree que ya está corregida la inflación y que ahora lo que debe preocuparles es la deflación.

En todo caso, lo que sí es un poco más difícil es el encontrar esa semejanza de que habla el ex-presidente Hoover entre la situación de 1929 y la situación en 1957. En 1929 los gastos federales se redujeron y también los precios; la deuda pública federal había quedado reducida a los $\frac{2}{3}$ del máximo alcanzado antes de la primera Guerra Mundial, cosas que ahora no ocurren. Mucho se discutirá todavía sobre la causa de aquella crisis, pero no es fácil que pueda culparse al aumento de gastos federales, que es la causa que hallan tanto Humphrey como Hoover para la situación actual.

Puede criticarse la conveniencia de frenar la inflación. ⁽¹⁾ Pero una vez resuelta esta política por el Gobierno, los hechos notados no deben extrañar a nadie, pues no son sino la consecuencia de dicha decisión.

New York — Habana.



(1) Este es, por ejemplo, el punto de vista del "Guaranty Trust Company", quien en su revista "The Guaranty Survey", no solo critica la política del Gobierno, sino que opina que debieran restringirse los poderes del Board de la Reserva Federal para dirigir la economía a través de las variaciones en la tasa del redescuento. Es curioso notar a este respecto que el mismo Presidente ha pedido al Congreso se abra una investigación sobre ello.